

TRADUCCIÓN  
EN KINOSAKI

SHIGA NAOYA

*Traducción del japonés:*  
Silvia Novelo

EL PANORAMA DE LA NARRATIVA japonesa moderna, que se inicia a partir de la Renovación Meidyí, en 1868, ha sido monopolizado por una corriente que todavía no ha perdido completamente su vitalidad: la novela personal o novela del “yo” (*shishoosetsu*), la respuesta de los escritores japoneses al desafío lanzado por la modernización a la europea. La crítica occidental ha minimizado el valor literario de esta forma tan arraigada en el gusto japonés, por considerarla una interpretación errónea de las teorías del naturalismo europeo decimonónico, en especial de Maupassant, quien habría señalado a la vida cotidiana como la más importante fuente de inspiración del novelista. Este equívoco sería responsable de la elevada dosis de “humedad” con que Mishima Yukio define a la narrativa japonesa, con relación a ese gusto casi morboso por lo confesional e íntimo, que en ocasiones raya en el lirismo trasnochado. Sin embargo, negar la novela del “yo” en bloque sería dejar de lado a escritores de la talla de Shiga Naoya (1883-1971), cuyo cuento *En Kinasaki* se ofrece a continuación. Shiga es uno de los escritores modernos de Japón que ha suscitado más estudios críticos en su país, donde se lo considera el “señor de las letras”, aunque su nombre es casi desconocido en el extranjero, si se exceptúan algunos críticos occidentales que se han ocupado de él (véase, por ejemplo, el notable libro de William F. Sibley, *The Shiga Hero*, Chicago, The University of Chicago Press, 1979, reseñado en *Estudios de Asia y África* 52). *En Kinasaki* presenta claramente los elementos característicos de la novela del “yo”: uso de la primera persona, fuerte sabor autobiográfico (el narrador es también escritor), reflexión solemne

acerca de la vida y la muerte. Pero Shiga, con su maestría para asociar objetos fútiles con estados de ánimo, logra convertir al relato personal en alegoría universal.

G.Q.

## En Kinowski

PARA RECUPERARME DE LAS HERIDAS que sufrí al ser arrollado por un tren de la línea Yamanote, partí solo hacia los baños termales de Kinowski, en Tadyima. Si la herida de la espalda se convertía en una caries espinal, podía ser fatal; pero, según dijo el médico, había una posibilidad muy remota. Si en dos o tres años no aparecía, ya no habría de qué preocuparse. Ya que lo principal eran los cuidados, decidí ir. Bastaba con estar unas tres semanas; pero si podía, quería permanecer hasta cinco.

La cabeza todavía no me funcionaba bien. Comencé a olvidar las cosas. Sin embargo, me sentía tan tranquilo y en calma como no lo había estado en los últimos años. Comenzaba la cosecha del arroz y el clima también era muy bueno.

Estaba completamente solo, sin nadie con quien hablar. Vivía leyendo, escribiendo, o bien, me sentaba distraídamente en una silla frente a mi cuarto y veía las montañas o el ir y venir de la gente; o si no, daba un paseo. Salía a pasear por el camino que va desde el pueblo, junto a un pequeño arroyo, y que lleva a un bonito lugar. Rodeando las faldas de las montañas, en la minúscula cuenca que se ha formado, se encuentran muchas truchas, y si se mira con cuidado se puede hallar, quieto como una piedra, algún cangrejo grande de río, de los que tienen las patas peludas. Frecuentemente recorría este camino al anochecer, antes de la cena. En el frío atardecer, siempre que iba junto al angosto y transparente arroyo, por las tristes veredas del otoño, pensaba en cosas desagradables. Sin embargo, me sentía bien y tranquilo. Con frecuencia pensé acerca de las heridas. Un poco más y a esta hora estaría tendido boca arriba en el cementerio de Aoyama, con la cara pálida, fría

y tiesa, las heridas de la cara y de la espalda, tal y como estaban, con los cadáveres de mi abuelo y de mi madre a mi lado, ya sin comunicación alguna. Pensaba en estas cosas. Eran tristes, pero no eran ideas que me aterrorizaran. Algún día, así será, ¿cuándo será?

Hasta entonces, cuando pensaba en ello, inconscientemente veía ese "cuándo" muy lejano. Sin embargo, ahora, sin saber cómo, me fui haciendo a la idea de que era cierto que... algún día. Yo mismo pude haber muerto, pero me salvé, hubo algo que no me mató, fue algo que yo mismo debía hacer. En un libro titulado *Lord Clive* que leí cuando estaba en la secundaria, se decía que el ser salvado de la muerte significa que aún tenemos algo que hacer en esta vida, y esa idea estimuló a Clive para seguir adelante. La verdad es que yo también quería sentir lo peligroso de mi accidente, y tuve la misma sensación. Sin embargo, cosa rara, en el fondo del alma no había nada que me alentara. En lo hondo de mi corazón sentía simpatía hacia la muerte.

Mi cuarto, que quedaba en el segundo piso, estaba aislado; era una habitación relativamente tranquila. Cuando me cansaba de leer o escribir, con frecuencia salía a sentarme en la silla de la veranda. Al lado, en donde el tejado del vestíbulo se une a la casa, había un empalme dentro del cual parecía hallarse un panal de abejas. Las abejas, grandes y gordas, de las manchadas como tigre, trabajaban activamente todos los días, desde la mañana hasta cerca del anochecer, siempre que el tiempo fuera bueno.

Escurriéndose desde el angosto traslape de la junta, bajaban primero al tejado del vestíbulo, y allí, con sus patas traseras y delanteras, preparaban cuidadosamente sus alas y antenas. Aunque había algunas que caminaban un poco alrededor, la mayoría inmediatamente extendía con firmeza sus alas cortas y largas a ambos lados y, ¡ZAS!, levantaban vuelo. Una vez en el aire, se alejaban a gran velocidad. Justo estaba floreciendo el *yatsude* entre los matorrales y las abejas se aglomeraban en torno a él. Cuando el tedio me invadía, desde el barandal contemplaba entrar y salir a las abejas.

Una mañana encontré una abeja muerta en el tejado del vestíbulo, con las patas adheridas al abdomen y las antenas

cayendo descuidadamente sobre la cara. El resto de las abejas permaneció absolutamente indiferente. Se mantuvieron trabajando afanosamente y, pasando de lado, se aferraron a su activo entrar y salir del panal, dándome la sensación de estar realmente vivas. Junto, la otra abeja permaneció completamente inmóvil durante todo el día, con la cabeza gacha y las patas enroscadas, dándome la clara sensación de estar muerta. Así pasaron tres días. Todo se veía tranquilo, pero era realmente desolador. Cuando al anochecer todas las demás abejas entraban en el panal, era triste ver los restos de una de ellas abandonados sobre la fría teja.

Sin embargo, ciertamente era tranquilizante. Durante la noche cayó un fuerte aguacero. La mañana estuvo despejada; las hojas de los árboles, la tierra y el tejado habían quedado perfectamente lavados. El cadáver de la abeja ya no estaba ahí. También ahora las abejas trabajaban activamente, pero la abeja muerta quizá había sido arrojada desde la bajada de agua pluvial hasta la tierra, con las patas enroscadas y las antenas pegadas a la cara. Quizá permanecía inmóvil en medio del lodo; hasta que tuviera lugar un nuevo fenómeno en el mundo exterior los restos se mantendrían quietos. O tal vez serían arrastrados por las hormigas. Y aun así, todo estaba realmente tranquilo. Como la abeja que trabajaba tan afanosamente ya había dejado de moverse, todo se veía tranquilo. Me sentí atraído por esa tranquilidad. Poco antes había escrito la novela corta titulada *El crimen de Fan*, que trataba de un chino de nombre Fan quien, sintiendo celos de la relación que su esposa tuviera con un amigo suyo antes de casarse, alentado por un instinto incontrolable, la asesina. Había escrito pensando principalmente en los sentimientos de Fan, pero ahora, considerando los sentimientos de su esposa, que yacía muerta en la tumba, pensé que me gustaría escribir acerca de esa tranquilidad.

A fin de cuentas no lo hice y sentí remordimientos por ello. El sentimiento profundamente distinto que antes de aquello yo tenía por el personaje de una historia larga se había debilitado. No había transcurrido mucho tiempo desde que el cuerpo de la abeja fuera arrastrado lejos de mi vista. Una mañana salí del hotel con la idea de poder ver el río Maruyama y su salida al Mar del Japón, desde el parque Higashi-yama. Desde el frente

de los baños públicos de Hitotsu-yuu, el arroyo corre en suave pendiente en medio del camino, hasta entrar en el río Maruyama. Después de andar un trecho, encontré que la gente que estaba parada a la orilla del puente armaba gran alboroto al ver algo en el río. Lo que miraban era una gran rata que había sido arrojada a las aguas. La rata nadaba con todas sus fuerzas tratando de escapar. Tenía atravesada en el cuello una espina de pescado de unos veinte centímetros, que asomaba unos nueve centímetros por encima de la cabeza y otros nueve por debajo de la garganta. La rata trataba de trepar por el muro de contención. Dos o tres niños y un carretero, de unos cuarenta años, le lanzaban piedras sin lograr pegarle. ¡PUM! ¡PUM! rebotaban contra el muro. Los paseantes reían a carcajadas. La rata a duras penas pudo alcanzar el muro con las patas delanteras, pero al intentar agarrarse, la espina se atoró y cayó al agua.

La pobre hacía lo indecible por salvarse. La expresión de su cara era incomprensible para los humanos, pero en sus movimientos se notaba claramente la desesperación. Como si pensara que de poder refugiarse en algún lugar se salvaría, la rata nuevamente comenzó a nadar río adentro con la larga espina clavada. Los niños y el carretero, cada vez más divertidos, le arrojaban piedras. Frente a los lavaderos de al lado, dos o tres patos que buscaban comida, asustados con las piedras, alargaron el cuello indagando lo que pasaba. Las piedras caían al agua con un ¡PLASH! ¡PLASH! Los patos, con aire desconcertado, se fueron nadando río arriba, agitando las patas apresuradamente al tiempo que graznaban. Yo no quería ver los últimos momentos de la rata. No podía olvidar que para no morir dedicaba toda su energía a buscar refugio aquí y allá, a pesar de que su suerte ya estaba echada. Tuve una sensación triste y desagradable. Pensé que todo aquello era cierto. El que antes de aquella tranquilidad, que yo mismo deseo, exista un sufrimiento semejante, es algo terrible. Sintiendo simpatía por la quietud que sigue a la muerte, pensé que era espantosa toda esta agitación antes de su llegada. No conociendo el suicidio, los animales no tienen más remedio que seguir luchando hasta que la muerte termina con ellos. ¿Qué haría yo ahora si me sucediera lo mismo que a la rata? Creo que me esforzaría tanto como ella.

No podía dejar de pensar que, cuando yo fui herido, me vi en una situación similar. Traté de hacer cuanto estuviera al alcance de mi mano. Yo mismo elegí el hospital e indiqué el modo de ir allá. Pedí que llamaran por teléfono antes de llegar, pues si el médico no estaba presente, los preparativos de la operación no podrían llevarse a cabo y ello causaría problemas. Aunque me hallaba perdido en la semiinconsciencia, la cabeza había podido funcionar para resolver lo más importante. Y para colmo, tenía el problema de si la herida era o no mortal. Sin embargo, mortal o no, era extraño que casi no me aterrorizara la muerte. “¿Es fatal o no? ¿Qué dijo el médico?”, pregunté al amigo que me acompañaba. “No parece ser una herida fatal”, me contestó. Súbitamente recuperé el ánimo. La exaltación me puso sumamente jovial. ¿Qué habría sido de mí si me hubieran dicho que era fatal? No puedo imaginarlo. Quizá me habría acobardado. No obstante, sentí que no habría tenido tanto pánico frente a la muerte como solía pensarlo. Si la respuesta hubiera sido afirmativa creo que habría luchado para salvarme. Sin duda, mi esfuerzo no diferiría mucho del de la rata. Entonces, pienso: ¿cómo sería si sucediera de nuevo? Y reflexionándolo creo que no cambiaría mucho: sería “tal como fui”. Seguramente, ya en la práctica, la amenaza de la muerte no habría influido.

Y en todo caso, influyendo o no, daba lo mismo, de todas maneras no hubiera habido remedio.

Pasado algún tiempo, después de aquel incidente, una noche nuevamente caminaba solo desde el pueblo, paso a paso hacia arriba, a lo largo del arroyo. Frente al túnel, al cruzar la línea del tren de la línea Sen-in, el borde del camino se hace repentinamente más angosto y más inclinado; de la misma manera, la corriente se hace más rápida y las casas desaparecen por completo. Mientras pensaba en regresar, seguía caminando recodo tras recodo, con la idea de llegar sólo hasta donde me alcanzaba la vista. Todo tenía un color pálido; hasta el aire, al tocar mi piel, se sentía frío. La tranquilidad, de alguna manera y contra lo que pudiera imaginar, me inquietaba. Al lado del camino había un enorme árbol de moras, y desde una de sus ramas, que caía del otro lado, pendía una sola hoja, moviéndose con un ritmo acompasado. No soplabla el viento, y

fuera del correr del agua, en medio de la quietud total, sólo aquella hoja continuaba girando en suave vaivén. Pensé que era algo extraño. Sentí un poco de miedo, pero también de curiosidad. Durante un buen rato estuve mirando hacia arriba. De pronto comenzó a correr el viento.

La hoja dejó de moverse. Yo sabía la causa. Pensé que conocía de antemano esta situación. Poco a poco todo se ensombreció. Por más que caminara, me encontraba con un nuevo recordo. Pensé en regresar. Sin querer miré hacia el arroyo que estaba junto. En una piedra que sobresalía como un metro cuadrado sobre el nivel del agua y que caía otro tanto diagonalmente hacia el otro lado del río, estaba una pequeña cosa negra: una salamandra. Todavía húmeda, tenía un bonito color. Estaba inmóvil, con la cabeza apuntando hacia el agua. El agua que le goteaba del cuerpo parecía tinta al correr unos tres centímetros sobre la piedra seca. La contemplé encucillado, distraídamente. Desde tiempo atrás sentía cierta repulsión por las salamandras. Los lagartos me gustan poco. De entre los lagartos, la salamanquesa es la que menos me gusta; las salamandras ni me gustan ni me disgustan. Unos diez años antes, cuando en el lago Ashi miraba las salamandras amontonadas en la salida de agua del hotel en el que me hospedaba, me resultaba insupportable la idea de ser una salamandra. ¿Qué haría yo si fuera una salamandra?, pensaba. Por aquel entonces el sólo mirarlas me molestaba, porque surgía en mí aquella idea.

Pero había dejado de pensar así. Se me ocurrió hacer que la salamandra entrara en el agua, espantándola. Me mantuve encucillado y recogí una pequeña piedra redonda; la lancé. No apunté en absoluto hacia la salamandra, porque aun apuntando no le habría dado; en ningún momento se me ocurrió hacerlo, porque me sabía torpe para dar en el blanco. La piedra cayó en el agua después de un ¡PAS! y al mismo tiempo vi cómo la salamandra daba un salto de unos doce centímetros levantando su arqueada cola. Seguí mirando, preguntándome qué pasaría. No pensé que la piedra le había pegado. La antes arqueada cola de la salamandra cayó lentamente. Y, enroscando los dedos de ambas patas delanteras, sobre los que hasta entonces se había apoyado, ya sin fuerzas, la salamandra se fue de bruces. La cola quedó de lleno sobre la piedra y no se movió



más. La salamandra había muerto. Pensé que había cometido una brutalidad. A pesar de haber dado muerte a muchos insectos, tuve un sentimiento desagradable por haber matado a la salamandra sin intención alguna. Sin duda yo había sido el responsable, pero en realidad todo había sido un accidente. La salamandra, por su parte, murió en forma completamente inesperada. Durante largo rato seguí encucillado. Sentía como si sólo hubiéramos estado la salamandra y yo. Mientras la compadecía sufrí la tristeza de un ser vivo. Es por un accidente que yo no estoy muerto. La salamandra murió por accidente.

Finalmente, apesadumbrado, las ya apenas visibles puntas de mis pies me llevaron de regreso al hotel de aguas termales. A lo lejos, se comenzaron a ver las luces de los alrededores del pueblo. ¿Qué habrá pasado con la abeja muerta? ¿Habrá quedado bajo tierra gracias a aquel aguacero que siguió a su muerte? ¿Qué habrá sido de la rata? A esas horas, su cuerpo, hinchado de agua, habría sido arrojado a la playa junto con la basura. Y el no muerto, yo mismo, caminaba entonces reflexionando así. Sentí que, por ello, debería estar agradecido. Sin embargo, no afloraba en mí sentimiento alguno de alegría. No eran los extremos entre estar vivo o estar muerto; sentía que no había gran diferencia. Ya estaba bastante oscuro. Mis ojos sólo captaban la lejana luminosidad. Ya sin ver, únicamente tenía la sensación de pisar. Me sentía verdaderamente inseguro; la cabeza me funcionaba sin coordinación, lo cual acentuaba aún más esa inseguridad.

Después de tres semanas dejé el lugar. Hace ya más de tres años de aquello. De lo único que me salvé fue de la caries espinal.